

**La verdad láctea (Vox, 1997)**

## EL DEPORTE BLANCO

Ahí van dos hermanos, juegan al tenis,  
cada uno con su cumbia.  
Hablan un argot arcano donde la blanca cuaja  
en galocha cortadora,  
sin huevos para el aceite.  
Tetones y todo,  
son arpas las que el sol  
desliza por la curva.  
Bailan en pañales  
de lenta música, tal vez  
abren la pierna,  
el grip gira en la baranda  
sudada de la mano.  
En el fondo unos perros guardan el silencio.  
La nieve verde fluoresce  
en el polvo  
rojo  
desde el tren, aquí.  
Puedo confirmar la existencia

de unas pentagonales,  
del amor que me tienen,  
del slice con que tuercen  
la pasión perfecta de los forcejeos, tuercen  
los resquicios que el biselado deja  
en esos **árboles de la defensa**,  
en los tiros más esquinados.

"No tenés calor", me dice uno  
en plena catábasis rítmica.

"No es el calor sino el  
deseo  
de que las camas de hospital fueran buenas,  
buenas sábanas donde alguien  
calme las heridas  
de tu entidad muscular",  
contesto,  
mientras hago bolitas con la luz  
y me abro el sombrero agudo,  
con los ojos **propiaamente meditabundos**  
de quien medita.

"Qué apretada la tarde", dice el otro.

En la orla de la felicidad  
el regodeo de su voz  
me deja tonta,  
amarrada a mis voladitos laqué.

Me duele todo lo deportivo,  
el vientecito en la nuca,  
lo inapresable  
o que **no volverá**;  
el contraste  
con que las de mi escote  
arrojan la deriva  
que las olas de gotitas que me mojan  
y los panaderos del aire  
recogen.  
Si ése fuera el dolor, bien,  
pero no tengo tibia ni pararrayos.

Deciden ir arriba y cruzar  
adonde están la virazón, el surf.  
Planean con sus tablas.

Rota una ola se adueña  
de uno de los cocottes  
un estrépito de águilas,  
como si los que zumban debajo  
se volvieran triza.

Alinea el horizontal pendiente rumbo a la lluvia  
y con el cuerpito demorado en su haber  
viene hasta mí pendenciero y rubio,  
el perno duro como un **bobo**  
abriéndole el ramaje.

La mamá, en una carpa de la izquierda,  
oigo que dice:  
"Está de raro,  
de reyecita de la noche,  
medio fifí,  
**con el plumaje como tabla.**  
Huele a jazmín,  
tiene una manera de pasar las tardes.  
Que se vuelva gayo pero no tía,  
por Dios."

Y él, a mí, tan meloso:  
"El puto del sol me hace verga  
la quilla y encima tengo slip,  
un poco pillado, es cierto,  
pero dorados los bordes".

El amor lo coge.  
Lo temple con su ánimo,  
podríamos decir.  
Pero con ese decoro,  
¿quién lo para, quién lo desvía?

## **EL AMOR ERA BRUTAL**

Una a una,  
las gotas mojan el lugar  
donde aparean las palomas.  
El walkman descansa en el poncho  
y Johnny explora postrado  
en la electricidad de la alfombra.

"Quiero transitarte la legumbre afilada,  
himeneizada",  
escucha Laura,  
fiel a su figura de rectora umbilical,  
que alberga a los del destierro.

Laura pega un cañamazo longitudinal  
y entre los yuyos,  
las piernas de Johnny hacen el baile.

"Es un medio conflicto con Mariana,  
con medio conflicto de amistad",  
dice ella.

Johnny se va con la idea  
fija de que va a entrar.

"Si la luz continúa,  
mi amor torcido continúa", dice.  
Es torcido, pero anda.

En el pasto las tetitas  
agrícolas de Laura...  
"Tu táctica tímida,

tu sal de gatos,  
tu sarna de domingo...  
trinar, trina cualquiera",  
dice.

"¿Celos?  
¡Cielos!",  
repone Johnny.

"No me creas. Mentirte  
es como darle shampoo  
a los que pasan hambre  
en lugar de los intereses devengados de la renta",  
dice ella.

Laura en el centro del matorral  
captura un pedazo de jamón  
que el cuerpo profundo de Johnny  
no puede empalar.

"Yo soy de las personas  
que en vez de hacer surf...",  
empieza a decir.



"Algo de lo que pierdo en cada pérdida  
despierta en mí fertilidad.  
Está lloviendo lindo, ¿eh?".

"¿Y mis pérdidas?", piensa él.

Es así como el amor es brutal.

En la frontera entre una pierna y otra no hay nada.

La brasa pierde lo que resta.

Después vienen la incomodidad habitual,

las descripciones del sol,

pero esta vez

la bocanada íntima

que agita su ola breve, su rodete,

no resulta;

cierta propiedad medieval

de los ojos un poco bizcos de Laura

de partir la sustancia

no quiere ser acto.

## **VERSIONES DE LAURA**

I

Laurita es un resorte que,  
parado envés, parece avieso.  
Su ombligo huele a perfume de témpano  
y si estoy horny  
se me huela la cola  
cuando con la criba escotada me dice:  
"Negro choto,  
sos el típico raviol,  
me fui con mi novio uruguayo".

"Likiwó-listelo, likiwó-listelo",  
alcanzo a emitir  
a la manera de un quejido seco, trolo,  
que parte de mi estomacal figura.

## II

Laurita me cuidaba la pechuguita  
y en ambas amígdalas sentí  
cómo el amor me cogía.  
Nos jugamos un fondo blanco  
"que" yo no le iba  
a salir averiado,  
que al otro día,  
ella con el delantal, trenzas y témpera,  
íbamos a estar crujiendo lindo.

La piba es inspirada en ritmos,  
de las que no escatiman su **aufklärung** sexual.  
Aparece en los sueños caminando por ahí  
en botas de goma.

El noviazgo duró dos años.  
"¡Se te enfría el helado!",  
me dijo  
cuando acabó el escarmiento.

## LA VERDAD LÁCTEA

Laurita tembló de fertilidad  
y en el desborde energético de la cama  
tuvimos mamadera para rato.

"Frente a uno, la preñez no arremanga.  
Es el otro el que arriesga",  
dijo.

Laura es blanda,  
te tañe las juntas,  
los ojos, el crédito,  
el roast-beef  
que ha olvidado en el aparador de mármol.

"¿Esta es la respuesta de la **dulce niña pálida**

a mi **struggle forlífero?**",

pregunté.

Hablar con Laura es una táctica.

"No, no puedo afirmar tanto.

¡Estos **increíbles del honor!**",

dijo,

como para sí.

Laura alcanza

la fecundidad propicia

cuando se trulula toda.

"¡Sos dulce como un bocadito Suchard!",

dije.

Siguió un candombe

en la radio.

Comimos arroz.

El amor es maricón,

lo que se bebe apretado

a medianoche,

antes de que la lluvia

empiece a joder.

Llegaron los amigos,

**materia de ningún reemplazo.**

Poco saben, mas parecen ávidos,  
habitués al menos.

Con Laura nos fuimos

yendo del living.

Me quedé, muerto de sueño.

Me abracé a mi laura.

Lo otro pareció los hombres pequeños

que pasan en el fondo y generan

el parloteo de la realidad

en **Ugetsu** de Kenji Mizoguchi.

"¡A ver esa pancita!",

dijo uno,

**como quien se desarma.**

## **LA MAQUINA DEL SONIDO**

**Recién hoy pasaron los años.**

Laura descubrió  
un diafragma que guardo,  
curtido en licencias,  
y un tampón rosa.

"¿Y ésto?",

dijo.

"No tengo idea,

siempre pensé

que era tuyo",

dije.

¡Yo tenía un cagazo en la cruz,

una angustia de que el timbre clitorial

que le oía venir trajera

sonidos militares!

"¡Ahora vas a ver lo que es lindo!",

dijo.

"¡Pero Laurita...!",

dije.

A una mujer le ganás a través del aire,

las buenas te toman por pobre.

"¡Laurita las pelotas!",

dijo.

En la furia su cuerpo



corcoveó como un buey,  
del dolor.  
Sacó todo el paté que había en la heladera  
y lo esparció.

"Es que  
han dolido tantas cosas...",  
dije.  
El espinal me surfeó con calor,  
en ella el paté se confundía con la piel  
tostada.

Los **ring** aplacaron mi voz.  
En unos segundos,  
los cuerpos se miraron,  
el calor suspendió  
la rabia que reinaba  
en la alcoba nupcial.

"¡Me tenés alta  
con tu idea del struggle!",  
dijo,  
y se fue

a levantar  
el tubo del teléfono.  
En la ventana un pibe  
ensayaba escupidas contra la pared.

"¿Quién llamó?",

dije.

Laura

tenía tintas las tibias,

y eran de río,

como la araña.

Volvió con el gato.

"Un amigo de mi novio

me garchó",

dijo.

"¿Y esta garcha?",

dije.

"Me importa una torta",

dijo.

A través, crujía.

Abajo cuatro pisos,  
el pibe seguía escupiendo,  
pero con la zurda.  
Desde ahí ella gritó,  
con una voz que le salía del clítoris:  
"Comprate un aerosol,  
hijo de puta!".  
¡Tímido el tiempo,  
que te hace arder la cola  
como un tintorero!  
"¿Cuál es la presencia  
de pasivos en la zona?",  
le dije.  
Laura ya no estaba,  
hacía rato que había latido.  
No te vas a dejar  
rasguñar por la araña,  
pensé;  
la empotramos y listo.

Camino a San Cristóbal  
se me cruzó un obrero norteño

que iba saltando tranqueras.

En la pared escribí,

con ayuda del porteño:

**"Tu elección es clara".**

Después me arrepentí.

Laurita salió

por la ventana.

"¡Cómo se nota que surcarme el triple

es lo único que te interesa!",

dijo.

Piensan que con un sigilo solo

echás un polvo sin descendencia,

seco.

"Vaya, vaya, maguer,

**es el otro el que arriesga,**

¿verdad?",

dije.

Laura mostraba sus piernitas **listo el caldo**

en la ventana.

Y un porrón alzaba en la otra.

"Tengo una mancha

de oro en el tobillo",

dijo.

La noche sí  
que tiene el clítoris gordo,  
amoral.

"¿Vamos a la fiesta?",  
le dije.

"Sí, pero guarda con la guaba",  
dijo.

Al principio no había casi nadie,  
nos atendieron bien.  
En tanditas la nieve  
colgaba de la música.  
Los vasos eran el cliché de los puños.  
En los pies sentías un patín  
que te alejaba y te acercaba  
del griterío animal del parlante,  
de las conversaciones

esparcidas.

Alrededor de las piernas frisadas

había risas de satén,

sin estertor.

Al baño sólo fuimos a mear,

nos mojamos uno al otro

con las bocas pringadas

por tanto criterio.

Todo, tuvimos, menos tunda.

Después llegaron los amigos.

**Lo real es el lugar**

**donde el mate circula,**

dijo una vez Osvaldo,

así que con Laura

nos fuimos yendo

hacia un dormitorio.

En la cama estaba Santiago.

Algo fumaba,

con una guitarra en el tórax.

"Ya me iba",

dijo.

Nos acostamos.

"Santi, ¿te gusta

la distorsión?",

le dijo Laura

antes de que se fuera.

Nunca hablábamos de música.

"Sí, me gusta",

dijo

y en la sombra

me pareció ver que sonreía

como entre círculos de soda.

"Cuando vuelvas

traé comida",

le gritamos.

Estaba linda la piba,

ponía anhelos.

"Toquemos limpito.

¿A vos te gusta

la distorsión?",

me dijo.

La cama tenía mucho alambre.

Una lámpara en el suelo daba luz.

"A mí me gusta la distorsión.

¿A vos?",

dijo.

Laura estaba propicia

con la pollera

arremangada,

la estaca puesta.

"Me gusta la distorsión",

dijo.

Laura parece transparente.

¡La de sangre

que costó esa curva!

¿Y el estigma?

Era de sangre,

también.

"¿Te gusta?

¿Te gusta la distorsión?",

dijo.



"¿Y a vos?",

dije.

En la puerta

estaba Santiago.

Traía unos panchos,

yogur

y cerveza.

Nos sentamos los tres

a comer sobre la cama.

"¿Sabés que no me responde,

Santi,

si le gusta o no

la distorsión?", dijo.